

**Thomas Jaitner**

## ¿Hacia dónde va la República Federal de Alemania?

«Para mí, la prioridad absoluta será fortalecer Europa lo más rápidamente posible, de modo que podamos lograr realmente la independencia de EE.UU. paso a paso. Nunca pensé que tendría que decir algo así en un programa de televisión». Con estas palabras, Friedrich Merz, presidente del partido conservador CDU y designado Canciller Federal, anunció una nueva orientación básica de la política exterior alemana. Lo dijo la misma noche de las elecciones al Bundestag, el 23 de febrero, durante el debate televisivo entre los representantes más importantes de los partidos, la tradicional «ronda de elefantes». También debería haber cambios en otros ámbitos de la sociedad. Evidentemente, ya no es posible seguir como hasta ahora, y hasta la élite dirigente está convencida de ello. Las múltiples crisis exigen un nuevo enfoque. El antiguo Presidente del Tribunal Constitucional Federal, Andreas Vosskuhle, enumeró un auténtico catálogo de problemas en una entrevista concedida al periódico conservador Frankfurter Allgemeine (12 de marzo de 2025): «No sólo nuestras infraestructuras —carreteras, puentes, ferrocarriles, edificios escolares— están deterioradas. Nuestro suministro energético es inseguro y caro. Ya no somos capaces de defendernos. La necesaria digitalización del sector público se ha pasado por alto en gran medida. Faltan conceptos para gestionar y asegurar nuestros sistemas sociales. El coste de la burocracia es extremadamente alto. Al mismo tiempo, los procedimientos de autorización son cada vez más complicados. El modelo de exportación de la economía alemana, hasta ahora muy exitoso, también está sufriendo presiones, sin alternativas reconocibles... ¿Debo continuar?»

La cuestión es qué dirección tomará el camino en el futuro y si el nuevo rumbo puede realmente resolver los enormes problemas. Me gustaría destacar a continuación tres ámbitos: la economía, la política exterior y la organización de la sociedad de la inmigración. No se trata de una lista exhaustiva de áreas problemáticas, pero tal vez ofrezcan una primera visión de conjunto.

### **El modelo exportador alemán ya no es viable**

La economía alemana se encuentra en una prolongada fase de estancamiento. No crece desde 2020. Sin embargo, el problema no es el mercado mundial. Si bien este se recuperó tras la pandemia del coronavirus, la economía alemana no participa de su crecimiento, a diferencia de épocas anteriores, especialmente tras la crisis financiera de 2008. El modelo de desarrollo de la economía alemana orientada a la exportación ha alcanzado obviamente sus límites.

Por un lado, está el cambio de la situación geoestratégica mundial. Desde la invasión rusa de Ucrania y las sanciones subsiguientes, el suministro fiable de petróleo y gas natural de Rusia ha concluido. Se produjo un auténtico shock de precios: en 2024, el precio del gas natural era un 150% superior al de los antiguos suministros rusos. Debido a su vinculación con el precio del gas, los precios de la electricidad también aumentaron. Las consecuencias para la industria son tanto más dramáticas cuanto que el aumento de precios en otros países, como Estados Unidos, fue significativamente menor.

Nos enfrentamos a un cambio fundamental en la relación con China. China ya no es sólo el banco de trabajo ampliado de los países industrializados occidentales, sino que está marcando tendencias por sí misma mediante una política industrial sistemática y a largo plazo. Esto se

aplica sobre todo a la producción de vehículos de motor y maquinaria, los dos éxitos de exportación alemanes. Tras el rápido crecimiento del comercio germano-chino desde 2010, este ha caído en los dos últimos años al disminuir la demanda china de productos alemanes. Una mirada al mercado chino podría mostrar cómo será el futuro. El 3 de marzo de 2025, el Frankfurter Allgemeine informaba: «Los coches alemanes se venden despacio en China». Es previsible que los coches alemanes dejen de comprarse en China; están demasiado atrasados en cuanto a digitalización, motores eléctricos y precio. Hay que tener en cuenta que Volkswagen, el mayor grupo automovilístico alemán, obtiene la mayor parte de sus beneficios en China. Si China empieza a exportar sistemáticamente coches eléctricos asequibles a Europa, estará en juego nada menos que la existencia de la producción automovilística alemana. Aferrándose rígidamente al motor de combustión, habría poco que hacer frente a los productos chinos. El FAZ ve acercarse el «momento Nokia» para la industria automovilística alemana, que es «ese punto crítico en el que una empresa establecida, como el entonces principal fabricante de teléfonos móviles, no domina el cambio tecnológico y pierde importancia. Audi, BMW y Mercedes lo saben muy bien: si eres demasiado lento y fallas por culpa del software del coche, tarde o temprano serás eliminado» (27 de marzo de 2025).

En 2024, EE.UU. sustituyó a China como socio comercial más importante de Alemania. El crecimiento de las exportaciones a EE.UU. impidió que las exportaciones alemanas cayeran en general. Sin embargo, la política arancelaria del presidente estadounidense Donald Trump podría poner fin a esto. Se prevén aranceles a las mercancías procedentes de Alemania, pero los automóviles alemanes producidos en México para el mercado estadounidense también se verán afectados por los aranceles. El Canciller Federal Olaf Scholz declaró que Alemania está preparada para tal escenario y que se están elaborando los correspondientes contraplanes. Sin embargo, no está claro en qué podrían consistir. En esta situación, el hecho de que el mercado único europeo esté limitado por la política de austeridad de la UE, impulsada en gran medida por Alemania, está pasando factura. Aunque Europa sigue siendo importante para la economía alemana, no se vislumbra en Europa una salida del estancamiento.

Alemania quiere ser neutra para el clima en 2045. Para 2030, las emisiones de gases de efecto invernadero deben reducirse en aproximadamente dos tercios con respecto a 1990. El gran reto es la descarbonización de la economía, que constituye una importante respuesta a la crisis climática. Al mismo tiempo, el «Green Deal» se entiende también como un nuevo modelo de crecimiento, una salida del estancamiento. En este contexto, la transformación de las infraestructuras públicas reviste una importancia capital. Dos institutos económicos, cada uno estrechamente vinculado a la patronal y los sindicatos, han identificado una necesidad de inversión de 600.000 millones de euros en 10 años hasta 2022. Con ello se pretende modernizar la red de transportes, el sistema educativo, la protección del clima y el sector de la vivienda. Sin embargo, a esto se opone el límite constitucional del déficit, incorporado a la Constitución en 2009. Estipula que los presupuestos federales y estatales deben financiarse sin ingresos procedentes de empréstitos. Esta prohibición ha hecho que se descuiden importantes inversiones públicas e incluso inversiones de reposición. El capital social público lleva cayendo desde 2013 y Alemania vive de su sustancia. Un ejemplo concreto es la compañía ferroviaria Deutsche Bahn. Sus retrasos son ya proverbiales. Según sus propias cifras, necesitará 150.000 millones de euros hasta 2034 solo para renovar sus infraestructuras. El límite constitucional del déficit se justifica sobre todo con el argumento de que no se puede dejar a las generaciones futuras una enorme montaña de deudas. Sin embargo, una infraestructura deteriorada tampoco es un buen legado.

Además, tiene todo el sentido implicar a las generaciones futuras en inversiones que mejorarán sus vidas. De hecho, el límite constitucional del déficit actúa como un grillete autoimpuesto que promueve el pensamiento a corto plazo y pasa por alto los desarrollos sociales a más largo plazo. Esto también significa que se reduce el papel protagonista del Estado en la transformación ecológica, que también garantiza el funcionamiento del sector privado.

En la situación actual, existe un peligro real de que «se hundan sectores industriales de importancia estratégica», como afirma el Instituto IMK, afiliado a los sindicatos, en su informe de enero de 2025. Esto se aplica sobre todo a la fabricación de vehículos, de la que dependen regiones enteras (especialmente en el sur de Alemania y Baja Sajonia). Sólo en Baden-Württemberg se prevé la pérdida de 40.000 puestos de trabajo en 2025. Las esperanzas puestas en el «Green Deal» como motor de crecimiento también han quedado en entredicho, ya que China ha logrado ampliar su posición como país líder mundial en el desarrollo de energías renovables mediante la generación de energía solar y eólica. China alberga casi dos tercios de la energía solar y eólica del mundo actualmente en construcción.

En marzo de 2025, Friedrich Merz, que había anunciado exactamente lo contrario antes de las elecciones de febrero, logró una revisión constitucional en el Bundestag que anula de facto el límite constitucional del déficit para el armamento y permite invertir en infraestructuras eludiendo el freno de la deuda mediante fondos especiales. Las sumas en juego son enormes: Con un gasto en armamento equivalente al 2% del PIB, podrían financiarse anualmente 44.000 millones de euros adicionales vía crédito, al 3% serían 88.000 millones y al 5% llegarían a 220.000 millones. El fondo especial ascendería a 500.000 millones de euros en 10 años. Con esta decisión, Merz causó una gran confusión y enfado entre sus partidarios, no sólo porque había dicho algo diferente antes de las elecciones, sino sobre todo porque anuló el límite constitucional del déficit, vaca sagrada del neoliberalismo. Se recuerda al antiguo ministro de Finanzas de la CDU, Wolfgang Schäuble, y su discurso del «cero negro». También cabe esperar conflictos dentro de la UE. El ministro italiano de Finanzas, Giancarlo Giorgetti, comentó así el planteamiento alemán: «Los alemanes han decidido ahora que pueden hacer lo que quieran. Alemania tiene que rearmarse de nuevo, y de repente la deuda no es un problema» (FAZ, 17 de marzo de 2025).

La dirección de la CDU está mostrando una flexibilidad inesperada al cambiar de rumbo en contra de sus propios principios. La cuestión es cuáles serán las consecuencias de este cambio de rumbo. En cualquier caso, un rearme masivo: «Los tanques como motor de crecimiento – la industria automovilística del suroeste se debilita, las empresas de armamento están en auge», informaba el FAZ el 22.1.2025. ¿Será ésta la solución: un boom armamentístico como salida del estancamiento? La inversión en infraestructuras es inevitable y sensata, pero la presión sobre el gasto social probablemente aumentará debido a la creciente carga de la deuda.

## **Un nuevo rumbo para la política exterior**

Tras la invasión rusa de Ucrania en 2022, la política exterior alemana ha experimentado un cambio fundamental, una «Zeitenwende». El enfrentamiento con Rusia por la hegemonía en Europa del Este y el espacio postsoviético ha entrado en una nueva fase en la que se enfrentan dos bandos que han suspendido las relaciones económicas y se centran cada vez más en el armamento militar.

En el debate alemán se oculta en gran medida la contribución occidental al enfrentamiento con Rusia. De hecho, Alemania fue la gran vencedora después de 1990: la reunificación y la retirada del Ejército Rojo de Alemania Oriental y Europa del Este hicieron posible que Alemania se convirtiera en la potencia económica más importante de Europa del Este y, sobre todo, que integrara la industria local en sus propias estructuras de producción. Al mismo tiempo, el creciente dominio económico se complementó con decisiones militares. La disolución del Pacto de Varsovia no provocó a su vez la disolución de la OTAN, que se había fundado en respuesta a la amenaza del Este. Más bien, la OTAN se expandió hacia Europa Oriental, que antes había formado parte del Pacto de Varsovia, y se transformó en una alianza de intervención. Es significativo que ni un solo representante del gobierno alemán estuviera presente en el funeral de Mijaíl Gorbachov en 2022, que había hecho posible la unificación alemana.

Tras haber actuado con cautela en el pasado y haberse centrado en el dominio económico, Alemania confía cada vez más en el poderío militar desde la «Zeitenwende». Ya en 2022 se puso en marcha un programa especial de 100.000 millones de euros para armamento. Esto va más allá de los tiempos de la Guerra Fría, cuando el armamento se combinaba con ofertas de tratados o control de armas. Fue precisamente el ministro de Defensa socialdemócrata, Boris Pistorius, que habló de la tarea de volverse «apto para la guerra», en contraste con la constitución, de la que debe derivarse «apto para la defensa». La presión del presidente estadounidense Donald Trump para negociar con Rusia sobre Ucrania revela que la UE y Alemania no están preparadas para negociar, ni siquiera para un alto el fuego. Tampoco existe ya una sede europea para las negociaciones, ya que nadie en Europa puede desempeñar un papel mediador. Alemania pudo asumir este papel en los últimos años, lo que condujo, entre otras cosas, al Acuerdo de Minsk, pero ahora se enfrentan bandos irreconciliables. El político socialdemócrata y exjefe de grupo parlamentario Rolf Mützenich lamentó la falta de diplomacia que también tendría que incluir a mediadores no europeos.

La experiencia con las políticas de Donald Trump ha llevado a romper un segundo tabú, como anunció Merz la noche electoral. Después de 1945, la élite alemana había hecho de la alianza con Estados Unidos la base de su política y rechazado todas las consideraciones de Francia para reforzar el papel independiente de Europa. Ahora ha llegado el momento de que Europa desempeñe un papel independiente, bajo el liderazgo alemán. Las consecuencias serán inicialmente enormes esfuerzos en materia de armamento y, sobre todo, la creación de una industria de defensa europea independiente. Mientras tanto, se habla incluso abiertamente de armar a Alemania con armas nucleares. En el Frankfurter Allgemeine del 24 de febrero de 2025, dos politólogos plantean a los políticos la tarea de «aprender a entender la bomba». Esto significa: «Alemania debe superar su pasividad en materia de disuasión nuclear. Para que la estrategia sea creíble para el potencial atacante, es necesario convencer a su propia población». Un mes después, el 24 de marzo de 2025, un editorial exigía: «Alemania debe aflorar los viejos grilletes». Se refería a la retirada de Alemania del «Tratado Dos más Cuatro», que los dos

Estados alemanes concluyeron en 1990 con los aliados de la Segunda Guerra Mundial, es decir, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y la Unión Soviética, y que puso fin a la Guerra Fría. Este tratado estipulaba que Alemania se abstendría de poseer armas nucleares y que la Bundeswehr tendría un máximo de 370.000 soldados. El tratado no prevé su cancelación. El editorial concluía: «Sin embargo, un compromiso que perjudica al país o sólo sirve a un adversario y anterior socio contractual no puede perdurar».

¿Hará todo esto que el continente europeo sea más seguro? El argumento de que el armamento crea seguridad es conocido desde la Guerra Fría. El rearme conducirá a una carrera armamentística que superará con creces las sumas que se intercambian actualmente. Los debates sobre la ayuda militar a Ucrania de los últimos tres años han sido un anticipo de ello: La esperanza de que la entrega de un determinado sistema de armamento otorgaría a Ucrania superioridad militar pronto fue sustituida por el siguiente sistema de armamento tras su fracaso. Otro fantasma de la Guerra Fría podría regresar: el peligro de una confrontación nuclear. La mentalidad amigo-enemigo seguirá creciendo y dividiendo aún más el continente europeo. Aumentarán las tensiones en otras zonas del espacio postsoviético (Moldavia, Georgia, Armenia). Los recursos financieros necesarios para combatir la crisis climática o la injusticia social competirán cada vez más con el gasto en defensa.

### **Hace falta una reforma de la sociedad de la inmigración**

La sociedad alemana ha cambiado considerablemente en las últimas décadas. Esto incluye el hecho de que la sociedad se ha vuelto multicultural y multilingüe. En las grandes ciudades, alrededor de la mitad de los escolares tienen antecedentes familiares internacionales. La nueva inmigración comenzó a finales de los años 50 como migración laboral sobre la base de contratos estatales. En 1960 se firmó el correspondiente acuerdo con España. Lo que en un principio pretendía ser una estancia laboral temporal hace tiempo que perdió sus limitaciones. Hoy en día, la inmigración anual de 400.000 personas es necesaria para garantizar que el potencial de mano de obra siga siendo elevado. Así lo exige la evolución demográfica de la sociedad alemana.

El fuerte aumento de la heterogeneidad plantea un nuevo y a menudo complicado reto a todos los niveles de convivencia. Se plantea la cuestión de cómo mantener unida a la sociedad y cómo los inmigrantes pueden participar activamente y con confianza en la configuración de su entorno. Se necesitan medidas que vayan más allá de la participación social (que, por supuesto, es esencial) y que, sobre todo, reconozcan las múltiples identidades de las personas con una historia familiar internacional. En la actualidad hay una serie de novelas e historias que muestran la otra cara de esta conexión, las lesiones psicológicas causadas por la negación del reconocimiento. Fatma Aydemir, por ejemplo, lo consigue en su novela *Dschinns*, que narra la historia de una familia de origen turco.

En este contexto, hay dos proyectos sociales de gran importancia: la posibilidad general de la doble nacionalidad y el establecimiento de programas de educación bilingüe en guarderías y escuelas. La doble nacionalidad refleja el hecho de que muchas personas con una historia familiar internacional se han sentido como en casa en Alemania, pero no ven en ello una contradicción con el reconocimiento de sus raíces. Sus orígenes forman parte de su identidad. La emigración clásica de siglos anteriores estaba asociada a la pérdida de contacto con los países de origen y a un largo proceso de asimilación a la nueva patria. El sociólogo S. N. Eisenstadt ha

analizado este proceso con más detalle. El ejemplo más conocido en Alemania es el de los inmigrantes polacos en la pujante región industrial del Ruhr, de los que sólo quedaron los apellidos raros de las estrellas de fútbol del Schalke 04 o el Borussia Dortmund. Hoy en día, los vuelos baratos, Internet y los teléfonos móviles permiten mantener estrechos lazos con el país de origen durante generaciones. De hecho, en el pasado ha habido varios cambios en la legislación sobre ciudadanía, que también han facilitado la doble nacionalidad. Sin embargo, esto no se aplica a las personas de fuera de la UE, especialmente las procedentes de países de mayoría musulmana como Turquía o las del mundo árabe. Esto significa también que, en muchos barrios con la correspondiente inmigración, parte de la población no tiene derecho a voto y permanece sin participación política.

Las condiciones actuales de la inmigración implican también que las lenguas de origen ya no desaparecen automáticamente, sino que pueden conservarse a lo largo de generaciones, aunque sólo sea como lengua de proximidad en la familia. El número de personas que hablan dos o más lenguas en la vida cotidiana ha crecido enormemente. En Berlín, por ejemplo, basta un simple viaje en metro para convencerse de ello. En este contexto, es importante darse cuenta de que la lengua es una parte importante de la identidad individual y de grupo; no es simplemente un medio de intercambiar información. Aunque el sistema educativo alemán se ve a sí mismo como una puerta al multilingüismo, esto se aplica sobre todo al inglés, que se enseña a partir del primer curso de primaria. Las lenguas de origen no alemanas sólo se incluyen en el currículo escolar como excepción especial.

Desde 2001, los estudios comparativos internacionales PISA han demostrado repetidamente que el éxito escolar de los niños con antecedentes familiares internacionales es llamativamente bajo, significativamente peor que en otros países con condiciones comparables. Desde entonces, las autoridades escolares han adoptado numerosas medidas, pero éstas nunca han incluido las lenguas de origen no alemanas. Resultó que estas medidas no tenían un impacto importante en el rendimiento escolar. El lingüista Jim Cummins, que enseña en Toronto (Canadá) y cuyos trabajos también se siguen de cerca en Alemania, señaló que la inclusión de las lenguas de origen es un indicador del éxito o el fracaso de las reformas educativas correspondientes: facilitan el aprendizaje de los niños que pueden basarse en la comunicación de su primera infancia, refuerzan su identidad y facilitan su identificación con la escuela alemana y, por tanto, su motivación para aprender. Cummins también señala que la inclusión sistemática de las lenguas de herencia en la enseñanza general mejora el nivel general de aprendizaje de idiomas: también crea nuevas oportunidades para que los niños que sólo hablan alemán aprendan una lengua extranjera junto con hablantes nativos de su misma edad. Un imperativo del momento es la introducción a escala nacional de programas bilingües en guarderías y escuelas. Las «Escuelas Públicas Europeas de Berlín» muestran cómo debería ser el futuro: 18 centros de primaria y 15 de secundaria ofrecen programas bilingües con alemán y 9 lenguas asociadas diferentes. Es totalmente incomprensible por qué Berlín es la gran excepción y no sirve de modelo para el resto del país.

El partido de derecha radical AfD ha convertido la migración en el centro de su política. Está dividiendo a la sociedad con su racismo inhumano. Pero, al mismo tiempo, ejerce una influencia cada vez mayor en el discurso general. Esto quedó claro de forma abrupta en enero de 2025, cuando la CDU, el FDP y la AfD votaron juntos en el Bundestag para endurecer la política migratoria. El entonces canciller federal, Olaf Scholz, lo calificó de ruptura de un tabú porque la

CDU había roto el consenso de que «no hay cooperación entre los partidos democráticos y la extrema derecha.» Sin embargo, las propuestas legislativas del Gobierno de coalición del SPD, Los Verdes y AfD también mostraban que habían adoptado el discurso de la derecha en muchos aspectos. Pero les salió el tiro por la culata: en lugar de restar votos a la AfD con esas maniobras, se legitimaron las políticas de la AfD. El partido duplicó su porcentaje de votos hasta el 20% en las elecciones federales y ahora es el segundo partido más fuerte.

Para hacer retroceder con éxito al radicalismo de derechas y permitir reformas progresistas, es esencial la participación de personas con una historia familiar internacional. Este es también un dilema para la izquierda social. Ésta debería asumir por fin la tarea de reconocer las identidades múltiples.

Friedrich Merz ha despejado el camino para cambios fundamentales en la política alemana. La dirección del cambio aún no está clara en detalle, pero cada vez es más evidente que se producirá un endurecimiento considerable en muchos ámbitos. Pero tal vez esta evolución lleve también a la izquierda social a activarse para defender los logros positivos del pasado y, sobre esta base, poner en el orden del día su propio programa de reformas socioecológicas.